

Capítulo 1

Kempton, Sussex, 1810

*E*l día amaneció como siempre lo hacía en mayo en la aldea de Kempton, con una brillante llovizna de rayos de sol, un toque de rocío en la hierba y los pájaros cantando alegres melodías en el jardín.

Nada indicaba que aquel día la señorita Tabitha Timmons no sólo se vería prometida, sino que además se enamoraría locamente.

Y no necesariamente sería todo con el mismo hombre.

No, lo único que Tabitha pensaba mientras salía aquella tarde de la casa del vicario, cerraba la puerta con cuidado detrás de ella y se dirigía a su reunión de los martes de la Sociedad para la Templanza y Mejora de Kempton era que por fin podía escapar de las órdenes de su tía y de las quejas de su tío por tres maravillosas horas.

— Ah, aquí estás — dijo la señorita Daphne Dale alegremente desde la cancela del jardín, donde esperaba a Tabitha —. Estaba empezando a temer que ella no te dejara venir — continuó hablando Daphne en un susurro mientras se agachaba para rascar detrás de las orejas al *Señor Muggins*, el perro que siempre acompañaba a Tabitha.

El gran terrier irlandés levantó la cabeza hacia Daphne y le dedicó una mirada de pura admiración con sus enormes y expresivos ojos marrones.

— Entonces la tía Allegra tendría que ir en mi lugar, y que Dios la libre de que le encarguen alguna tarea — dijo Tabitha.

Miró por encima del hombro y agradeció que las cortinas siguie-

ran echadas, lo que significaba que su tía no estaba mirando, buscando alguna excusa para hacerla volver.

—Qué idea tan horrible —afirmó Daphne. Enlazó un brazo con el de su amiga y tiró de ella para alejarla de la casa del vicario, que una vez había sido el hogar feliz de Tabitha.

Todavía debería serlo, situada donde estaba, baja y maciza a la sombra de la iglesia de Saint Edward, una enorme reliquia de la época normanda. La iglesia tenía altos muros de piedra, una nave larga y un campanario sólo empequeñecido por las alturas de Foxgrove, la propiedad cercana del conde de Roxley.

Sin embargo, después de que muriera su padre dos años atrás víctima de una dolencia cardíaca y de que su tío se instalara allí como el nuevo vicario, ahora el amado hogar de infancia de Tabitha era un lugar deprimente y sombrío.

Por lo menos, pensó ella, todavía se le permitía asistir a las reuniones de la Sociedad, aunque sólo fuera porque a su tía le parecía que la misión de proporcionarles cestas de caridad a las numerosas solteras de Kempton era una tarea aburridísima.

Caminaron sin prisa por Meadow Lane, el sendero estrecho que iba desde la casa del vicario a High Street, mientras Daphne parloteara, poniendo a Tabitha al día de los cotilleos del lugar.

—... y lady Essex nunca permitirá que Louisa y Lavinia se salgan con la suya en ese tema. Los banderines para el baile del solsticio de verano siempre han sido de color lavanda. ¡Verde manzana, imagínate!

Tabitha sonrió y dejó que la cháchara cayera sobre ella como si fuera un bálsamo, porque cuando estaba con Daphne o en las reuniones semanales de la Sociedad, era fácil creer que no había cambiado nada en su vida, que una vez fue idílica.

—Ayer, incluso fui a visitar a las gemelas e intenté, muy educadamente, explicarles que, si insistían, sólo conseguirían aumentar la ira de lady Essex. —Daphne suspiró—. ¡Oh, cómo les gustan los problemas a Louisa y a Lavinia!

Tabitha miró a su amiga.

—¿De verdad pensabas que podrías hacerlas desistir de su empeño?

—Tenía la esperanza —le confesó Daphne—. Y si eso no funcionaba, pensé que mi nuevo sombrero las distraería.

Inclinó la cabeza para enseñarle el sombrero de seda verde, que tenía un lazo gris que llamaba la atención.

Tabitha estaba acostumbrada a ver pavonearse a Daphne y se rió.

—Has convencido a tu padre para que te adelante la asignación, ¿verdad?

Su amiga sonrió sin mostrarse arrepentida. Le brillaron los ojos azules cuando levantó una mano enguantada para tocarse el estiloso borde del sombrero.

—Sí, y cada chelín ha merecido la pena —afirmó Daphne—. Tenía miedo de que papá no cediera antes de que la señorita Fielding lo descubriera y me lo arrebatara, ¡y ya sabes lo mal que le sienta el verde!

Tabitha se rió. La rivalidad entre Daphne y la señorita Fielding aumentaba con cada año que pasaba.

—Creo que a ti te quedaría perfecto —dijo Daphne de pasada—. Podrías probártelo cuando llegemos a casa de lady Essex.

Miró a Tabitha con amabilidad y se mordió el labio inferior mientras esperaba su respuesta.

Como sabía bien lo que pretendía hacer su amiga, Tabitha negó con la cabeza.

—Sabes que ni siquiera puedo planteármelo. ¿No recuerdas cómo se puso mi tía cuando me diste esos guantes el invierno pasado?

—No era caridad —afirmó Daphne frunciendo el ceño—. Y esto tampoco lo sería. Es sólo que no tienes un sombrero nuevo desde...

—Desde hace dos años —replicó Tabitha. Ni un vestido nuevo. Ni zapatos. Ni medias—. La verdad es que no me importa.

—¡Pues a mí sí! —le espetó Daphne—. A tus tíos debería avergonzarles la forma en que te tratan, dándote migajas de mala gana.

¿Qué podía decir Tabitha? Todo era cierto. Su tía y su tío se habían alegrado mucho de adquirir la posición elevada del estilo de vida de su padre cuando éste había muerto, pero ¿se podía decir lo mismo de conseguir la custodia de su sobrina pobre? En lo más mínimo, sobre todo teniendo en cuenta que no tenían hijos. A la tía Allegra, que no tenía ni una sola célula maternal en todo su cuerpo, incluso le gus-

taba quejarse de que su sobrina ocupaba demasiado espacio en el rincón del desván que le habían asignado gentilmente para dormir.

A Tabitha no le importaba vivir en ese escondite, porque era donde se guardaban los baúles de su madre. Esa cercanía le permitía captar de vez en cuando una nota del perfume de violetas que había usado. Eran unos momentos tan vagos como los recuerdos que tenía de la grácil belleza que había muerto de unas fiebres cuando ella aún era muy pequeña.

—Cada vez que tu tío da un sermón sobre la caridad, me dan ganas de levantarme y de decirle que es un hipócrita controlador —afirmó Daphne.

—Eres incorregible —la regañó Tabitha, aunque con poco entusiasmo, porque si había alguien que velara por sus intereses, ésa era Daphne.

—¿Quién es incorregible? —preguntó la señorita Hathaway cuando se unió a ellas en el punto en el que Meadow Lane se cruzaba con High Street.

Fiel a su aspecto habitual, Harriet llevaba el borde del vestido lleno de barro, la ropa ligeramente arrugada, el sombrero torcido y en una de sus mejillas sonrosadas había una mancha de algo. Probablemente se le habría hecho tarde y habría salido corriendo de los establos de Pottage sin haberse mirado en un espejo.

Estaba claro que lady Essex se molestaría por la apariencia descuidada de su pupila. Su señoría estaba poniendo muchas esperanzas en llevar a Harriet a Londres y encontrar para ella un buen partido, aunque casi nadie en Kempton le daba mucho valor a tales ideas.

Después de todo, estaban hablando de «Harry» Hathaway.

—Yo —le dijo Daphne, y cambió de tema con habilidad—. Me he comprado un sombrero nuevo.

Harriet le echó una mirada.

—Oh, sí, es verdad. ¿No es el que me enseñaste la semana pasada en el escaparate de la señora Welling?

Daphne asintió.

—Es bonito, ¿no te parece?

Harriet lo volvió a mirar y dijo:

—Sí, pero creía que estaba adornado con una pluma.

—La he quitado —contestó Daphne en voz baja, inclinando la cabeza con aire despreocupado hacia el *Señor Muggins*.

Tabitha se avergonzó. Quería muchísimo a su perro, pero el pobre era incapaz de darse cuenta de que un ribete emplumado de una pelliza o una pluma de ave en el borde de un sombrero no formaba parte de un pájaro de verdad.

Después de haber destrozado tres sombreros de la tía Allegra poco después de la llegada de ésta, la dama había amenazado con expulsar al perro barbado... sólo para descubrir que toda la aldea de Kempton y buena parte de la población de las aldeas cercanas se había negado a encargarse de «ese demonio rojo de perro», para alivio de Tabitha.

Al final, la dama indignada había hecho lo mismo que Daphne y había quitado todas las plumas de sus sombreros. Incluso la indómita lady Essex retiraba las plumas de su turbante favorito antes de ponérselo en una reunión de la Sociedad.

Ninguna pluma estaba a salvo cuando el *Señor Muggins* se encontraba cerca, para disgusto de Tabitha. ¿Por qué no sentía tal hostilidad por las ardillas o las ratas, como otros terriers?

Tabitha se sentía obligada a llevarse a su travieso compañero a todas partes, por miedo a que el tío Bernard encontrara a algún transeúnte desprevenido lo suficientemente ignorante como para que se llevara al perro.

—Pareces cansada, Tabitha —comentó Harriet—. Y más delgada. Trabajas demasiado.

Tabitha apartó la mirada.

—Tuve que fregar antes de salir, así que me he levantado temprano. Daphne la miró de lado.

—Y supongo que también has abrigado la plata, has lavado los platos, has dejado la mesa puesta para la cena y le has cortado las verduras a la señora Oaks.

Eso no era todo, porque también había planchado. Aun así, quiso hacerle frente a la preocupación de sus amigas.

—No me miréis así. No me importa trabajar.

Harriet apretó la mandíbula y dijo:

—Alguien tiene que recordarle a tu tía que eres una dama, no la mujer de la limpieza.

—Preferiría que nadie lo hiciera —contestó Tabitha.

Por lo menos, tenía un techo sobre su cabeza, algo que a sus tíos les gustaba recordarle todos los días.

—Siempre puedes venir a vivir... —empezó a decir Harriet, pero Tabitha la interrumpió sacudiendo la cabeza con vehemencia.

«Siempre puedes venir a vivir a Pottage.»

Lady Essex también le había ofrecido un lugar donde vivir en Foxgrove y, Daphne, una habitación en Dale House, pero sus tíos se habían negado a permitir que se mudara, convencidos de que se dedicaría a llevar una vida disipada y licenciosa sin su constante protección.

Eso, y perderían a una doncella que trabajaba gratis.

Pero también estaba el hecho de que a Tabitha le encantaba la vida. Siempre había sido su hogar. Y aunque ahora solamente tenía un pequeño rincón bajo el alero y comía en la cocina, por lo menos todavía podía ocuparse de las flores de su madre en el jardín y mirar la firme caligrafía de su padre cuando anotaba alguna entrada en el registro de la parroquia.

Era lo más parecido a un hogar que tendría nunca.

—Si por lo menos no fuéramos de Kempton... —dijo Daphne, suspirando audiblemente—. Entonces podrías casarte y escapar de las exigencias de tu tía.

—Pensemos en algo más alegre —propuso Harriet como si hubiera visto la sombra que había cruzado la cara de Tabitha—. Como, por ejemplo, en lo roja que se pondrá lady Essex cuando las gemelas Tempest propongan su ridícula idea, otra vez, de cambiar el color de los banderines del baile del solsticio de verano.

Las tres se rieron y siguieron caminando contentas, de lo que Tabitha se alegró. Por lo menos, algunas cosas no cambiaban nunca.

Se estaban acercando a la herrería, donde resonaba el martillo del señor Thury con fuerza mientras trabajaba incesantemente en alguna tarea. A pesar de que el sonido les resultaba familiar, Daphne se detuvo con brusquedad.

—¡Oh, cielos!

Al oír su exclamación Harriet se paró, trastabillando, mientras hundía en la gravilla los tacones de sus botas. Dejó escapar un juramento que seguramente había aprendido de alguno de sus cinco hermanos y terminó con la frase, nada propia de una dama:

— ¡Eso sí que es un equipo condenadamente bueno!

Tabitha se detuvo, las miró, se llevó una mano a la frente y entornó los ojos contra el sol hasta que fue capaz de ver lo que había cautivado a sus amigas.

Allí, frente a la forja del señor Thury, había un sofisticado carruaje, un faetón, según le parecía, pero dejaría que fuera Harriet quien lo asegurara, porque estaba mucho más informada de tales asuntos. Fuera lo que fuera, el caro vehículo estaba caído porque le habían quitado una rueda, y probablemente el herrero lo estaba reparando.

Era una enorme rareza que no solía verse en Kempton.

Porque, mientras que en Kempton abundaban las solteras y las damas que no se habían casado, faltaban caballeros, y por eso era muy raro ver esos artículos masculinos.

— Dios mío, ¿habéis visto alguna vez algo más admirable? —surró Daphne.

Tabitha miró a su amiga.

— Creo que ni siquiera tu padre usaría ese medio de transporte.

— No estaba mirando el carruaje —confesó Daphne—, sino al caballero que lleva esa chaqueta tan espléndida.

Tabitha desvió la mirada hacia un hombre alto y elegantemente vestido que estaba bajo el toldo del herrero. Su chaqueta de gran calidad estaba desabrochada, y se veía un pañuelo de cuello blanco como la nieve atado en un gran nudo y un llamativo chaleco a cuadros, un conjunto demasiado exagerado para el gusto de Tabitha. El caballero en cuestión, que tenía una gran pinta de cerveza en la mano, estaba apoyado en la pared y, lo que era peor, les estaba sonriendo.

— ¿Quién puede ser?

— Oh, sólo es Roxley —las informó Harriet. Y, para horror de Tabitha, su amiga saludó al noble con la mano como haría con el tendero o con un vendedor ambulante—. Hola, milord. ¿Habéis venido para visitar a vuestra tía?

Sin decoro ni buenos modales, Harriet se dirigió a él, tendiéndole una mano a lord Roxley, el infame y devastador lord Roxley, quien era tan raro que pareciera por allí que no era extraño que nadie lo reconociera.

—¿Él es el conde? —susurró Daphne con la mirada clavada, al igual que Tabitha, en el sobrino de lady Essex.

La casa de su señoría, Foxgrove, era una de las muchas propiedades de Roxley. El conde, que se había criado en Londres, sólo iba a Kempton en breves visitas anuales, normalmente sin previo aviso, para que su astuta tía no lo enredara para que acudiera a algún baile o a cualquier otra diversión en la que pudiera emparejarlo con alguna dama del lugar.

—No sabía que fuerais a venir a Kempton, Roxley —dijo Harriet con mucha familiaridad.

De nuevo, Tabitha se asombró ante los modales relajados de Harriet con el sexo opuesto. Suponía que era porque su amiga, que había crecido con cinco hermanos, no veía a los hombres como unos profesionales misteriosos y peligrosos de la perdición, sino como buena compañía.

Y era una idea muy extraña para la forma de pensar de Tabitha.

—Chaunce me ha escrito esta semana y no ha mencionado que fuerais a venir de la ciudad —continuó regañándolo Harriet.

—¡Shhh, Harry! El hecho de que esté aquí es un secreto.

Aquel hombre tan atractivo le guiñó un ojo.

La chica se enderezó y sacudió la cabeza.

—¡Ya sabéis que no debéis llamarme así! ¡Horrorizaréis a vuestra tía! Ahora soy la señorita Hathaway.

Hizo una pose de la que habría estado orgullosa hasta la propia lady Essex.

Pero Roxley no parecía impresionado. Se inclinó más hacia ella, como si fuera un conspirador.

—¡La señorita Hathaway, dices! Para mí, no, Harry. Nunca.

Alargó un brazo y le pellizcó la mejilla.

Harriet le apartó la mano y se rió.

—No cambiáis nunca, Roxley.

—Espero que no. Me temo que decepcionaría a mi familia por completo si un día me volviera tan aburrido y tradicional como tu hermano Quinton.

Se volvió a reír y entonces desvió la vista hacia Tabitha y Daphne antes de lanzarle a Harriet una mirada intencionada.

Recordando sus buenos modales, ésta dijo rápidamente:

—Milord, ¿me permitís presentaros a la señorita Timmons y a la señorita Dale?

—Ciertamente —dijo él.

Tabitha le reconoció cierto mérito porque, a pesar de que había oído a la tía abuela de Roxley, lady Essex, lamentarse una y otra vez de la forma de ser de éste, el hombre hizo una elegante reverencia mientras Daphne y ella se inclinaban para hacer lo mismo.

—¿Y éste quién es? —preguntó él, y alargó una mano para darle al *Señor Muggins* una afable palmadita en la cabeza.

El gran perro respondió con un gruñido grave.

—Un noble animal —dijo Roxley mientras apartaba los dedos con cautela.

—Lo siento mucho, milord —se apresuró a decir Tabitha—. Me temo que lo inquietan los desconocidos.

—Es por la pluma que lleváis en el ala —le dijo Harriet al conde.

—¿La qué? —contestó él sin dejar de mirar al enorme animal, que ahora lo observaba como haría un lobo con un cordero.

—La pluma de vuestro sombrero —repitió Harriet.

Se inclinó hacia delante y arrancó la pluma de ave blanca del ala.

—Oye, es un recuerdo...

Fuera lo que fuera, la pluma desapareció cuando Harriet la cogió rápidamente y se la lanzó al *Señor Muggins*, que la atrapó con destreza y miró a su dueña con una expresión de inmenso orgullo en los ojos por haber cogido a su presa.

—Me podéis dar las gracias otro día —le dijo Harriet a Roxley, como si eso fuera suficiente explicación.

—¿Qué le ha ocurrido a vuestro carruaje, milord? —se atrevió a preguntar Tabitha, cambiando de tema.

—No es mi carruaje, señorita Timmons, sino el de Preston. —El

conde hizo una seña con la mano hacia la herrería—. Le advertí que no tomara la curva junto al roble grande a esa velocidad, pero ¿acaso me escuchó? Es tan maleducado y cabezota como su perro.

Se encogió de hombros y sonrió como si su mala suerte, peligrosa y temeraria, fuera una insignia de honor.

Harriet se rió.

—Mi hermano George hizo lo mismo la pasada primavera. Mi padre dijo que estaba condenadamente empecinado.

—¡Harriet! —jadeó Daphne—. ¡Recuerda lo que dijo lady Essex sobre el lenguaje! Si te oyera decir tales cosas, te duplicaría las clases.

—¡No, Harry! —se lamentó Roxley, pasando la mirada de Daphne a ella—. ¿No estarás permitiendo que mi tía te eche a perder?

—De eso nada, milord —le dijo Harriet—. Sólo me está puliendo. Mi madre se ha dado por vencida, pero lady Essex está decidida a conseguirlo. Quiere llevarme a la capital el mes que viene.

—¿A Londres, dices? —preguntó Roxley.

—Sí, ¿no os ha escrito?

—Ella nunca me escribe —afirmó—. Se limita a aparecer y a atormentarme durante semanas enteras. —Le sonrió—. Ahora ya estoy avisado; estoy en deuda contigo.

—Bueno, podéis bailar conmigo en Almack's.

—¡Nunca! —replicó, estremeciéndose—. Estaré fuera todo el mes que viene. Sí, fuera. Cazando.

—No es la temporada de caza —le dijo Harriet, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—En algún lugar lo será —contestó él.

—Si estáis tan decidido a evitar a lady Essex, ¿qué estáis haciendo en Kempton? —preguntó Harriet.

—¡Carreras! Estamos intentando vencer a ese petimetre de Kipps en llegar a Londres, y le dije a Preston que podíamos usar la carretera de Kempton como atajo. He apostado con Dillamore quinientas libras a que seríamos los primeros. —Se pasó una mano por el cabello oscuro y volvió a mirar el carruaje torcido—. Le advertí a Preston sobre esa curva junto al roble —repitió sacudiendo la cabeza con tristeza.

—Santo Dios —dijo Tabitha—. ¿Quinientas libras?

Daphne abrió mucho los ojos al oír la cantidad.

—Espero que el señor Thury sepa lo imperativo que es que la rueda quede arreglada.

—Oh, lo sabe —afirmó Roxley—. Preston incluso le está echando una mano. Es un hombre muy ilustre. Aunque también puede ser porque él ha doblado la apuesta y tendrá muchos problemas con su tío si pierde. —Estiró el cuello hacia la forja del herrero y gritó—: Todavía podemos ganar a Kipps, ¿eh, Preston?

Oyeron unos cuantos gruñidos procedentes de detrás de la forja, sobre la que trabajaba inclinada una figura.

El conde se encogió de hombros con un movimiento pesaroso.

—Siempre está de tan mal humor... ¡Oye, Preston! Ven a conocer a unas damas del lugar. Por estos lares hay pocos caballeros y se nos considera una rareza.

En eso, Roxley tenía toda la razón.

Los caballeros abandonaban aquel rincón aburrido y olvidado de Inglaterra para formarse en cuanto dejaban de usar pantalones cortos, y pocos regresaban. El atractivo del ejército, de la marina e incluso del clero les ofrecía lugares mucho más emocionantes que las tranquilas praderas y las verdes colinas de Kempton. ¿Acaso no se habían marchado todos los hermanos de Harriet, excepto George, el heredero de su padre, huyendo en todas direcciones, en vez de quedarse donde habían nacido?

Lo hacían porque podían.

Tabitha se preguntó por aquel amigo de lord Roxley. Gracias a la tía del conde, conocía la manera de ser licenciada de éste, pero ¿y el señor Preston? ¿Qué clase de hombre apostaría tanto dinero en una carrera de carruajes?

Aunque era escandaloso, al mismo tiempo Tabitha sentía una punzada de envidia porque esos hombres tuvieran la libertad de apostar cantidades tan asombrosas y de pasearse por el país a voluntad, mientras que ella estaba... estaba... atrapada.

Momentos antes habría dicho que estaba contenta con su vida. Trabajaba demasiado, estaba cansada y ligeramente desnutrida, sí, pero de repente se dio cuenta de la injusticia de todo aquello.

Sí, atrapada. Atrapada por las circunstancias... por la falta de oportunidades. Nunca antes había sentido el atractivo de Londres, pero al mirar ese veloz carruaje y darse cuenta de la libertad que les daba a sus propietarios, su corazón comenzó a bombear con ciertos latidos de rebelión.

Y aunque Londres estaba sólo a dos días, ¿qué haría una vez que estuviera allí? Sus parientes de Mayfair la enviarían de vuelta a Kempton.

Ahora Tabitha veía el verdadero peligro de los hombres. Le metían a una dama en la cabeza las ideas más imposibles. Por una vez se alegró de que Kempton no estuviera lleno de ellos.

—Preston, sólo te llevará un momento —estaba diciendo Roxley, que seguía intentando apartar al hombre de su tarea.

—Bueno, no es necesario que molestéis a vuestro amigo, milord —dijo Tabitha tan educadamente como pudo—. Nosotras deberíamos marcharnos. A la reunión de la Sociedad. —Además, ¿quién sabía qué tipo de ideas perturbadoras le inspiraría ese tal Preston?—. No quisiéramos impedir que el señor Preston y vos consiguierais la...

Oh, cielos, ¿cómo describir una apuesta insensata y una enorme pérdida de tiempo, dinero y esfuerzo?

—No, no es ningún problema —contestó Roxley pomposamente—. A Preston le hará bien conocer a unas damas respetables. Su tía se lo está diciendo siempre. —Con los brazos cruzados sobre el pecho y dando golpecitos impacientes con la bota en el suelo, el conde se giró hacia su amigo—. ¡Vamos, Preston! Sal o todo el mundo dirá que me rodeo de compañías incivilizadas... Lady Essex no dejará de hablarme de eso.

El conde se giró y levantó las cejas mirando a Harriet.

Tabitha sospechaba que lady Essex no estaría nada contenta de saber que estaban en compañía de ese tal Preston; no le importaba lo ilustre que fuera, según lord Roxley.

Ilustre, sí. Desde todos los puntos de vista, ese hombre debía de ser el peor tipo de...

Entonces lo vio cuando se incorporó junto a la fragua, con el fuelle en la mano, e «ilustre» no fue precisamente la palabra que le vino a la cabeza.

Todo lo que Tabitha había sospechado que era, que no era buena compañía, que era escandaloso, un sinvergüenza peligroso, se encendió de repente como las chispas del fuego, brillantes y firmes un momento, y al instante siguiente había desaparecido.

El señor Preston sería un jugador, un sinvergüenza y posiblemente tan taimado como el que más, pero para horror de Tabitha, le resultaba tremendamente embriagador mirarlo.

Pecaminosamente embriagador.

Y no. Definitivamente, la palabra que le venía a la cabeza no era «ilustre», sino algo mucho más sencillo y directo.

«Perdición.»

Él se incorporó, no como un Hefesto feo, sino como un verdadero Adonis. Eso lo sabía con seguridad, porque lady Essex tenía una estatua de aquel héroe legendario en su salita matinal. La había conseguido su padre en un viaje por el continente hacía muchos años.

Por lo menos, la versión que posaba ahí delante tenía la decencia de conservar los pantalones, las botas y la camisa... casi. La camisa de lino blanco que debió de ser elegante en su día estaba abierta hasta la cintura y se le pegaba al cuerpo. El pecho sin vello y musculado brillaba sudoroso por el esfuerzo.

Un caballero nunca aparecería en público de esa manera, sin el pañuelo de cuello, sin guantes, sin todos los paramentos adecuados. Ese tal Preston estaba casi... ¿Se atrevería ella siquiera a pensarlo? No había otra palabra para describir a ese hombre.

Desvestido. Sin parafernalia. Desnudo.

Tampoco necesitaba nada para adornar su figura... porque era perfecto.

Tabitha apretó los labios, conmocionada. Santo Dios, ¿qué estaba pensando? ¿No era ya suficientemente malo que le ardieran las extremidades como si estuviera inmersa en las mismas llamas de la fragua? El corazón le palpitaba con una extraña agitación y sabía que debía apartar la vista, no observarlo boquiabierto, no mirarlo fijamente, pero no podía... No quería.

Él sacudió la cabeza y el cabello rubio oscuro le cayó sobre los hombros como una melena alborotada. Sus ojos oscuros se posaron

en ella y, por un instante, Tabitha tuvo la sensación extraña de haberse quedado clavada en el sitio, como uno de los especímenes de su padre, como si aquel hombre pudiera capturarla sólo con la mirada. Pero su atención no duró mucho, porque él apartó la vista demasiado rápido, como si pensara que ella no era digna de su interés.

Algo muy femenino se revolvió dentro de ella con enojo. ¡Cómo se atrevía! No le importaba ni un ápice su opinión, pero ¿quién era él para pensar que su mirada era una bendición?

Tabitha no fue la única que se dio cuenta de ese rápido rechazo.

—No seas tan cascarrabias, Preston —se quejó Roxley, balanceándose sobre los talones de las botas y con las manos unidas a la espalda—. Es de mala educación. Además, en Kempton estás a salvo de las insinuaciones de las damas jóvenes. Ninguna de estas señoritas tiene esperanzas ni deseos de encontrar a un hombre para casarse. —Les guiñó un ojo a las mujeres—. Todas están malditas.

«Malditas.» La palabra hizo que el hombre levantara la vista y en sus ojos oscuros titiló un brillo de interés.

Tabitha, que estaba bastante orgullosa de la maldición de Kempton, no, tradición, se sintió de repente muy cohibida. Lord Roxley hacía que parecieran unas mentecatas de pueblo, y no había nada más lejos de la realidad.

—¿Malditas? —preguntó Preston. Dejó el fuelle, arqueó una de sus cejas oscuras con un gesto divertido y volvió a fijar en Tabitha su penetrante mirada—. ¿Es eso cierto?

Alargó un brazo para coger un trapo y empezó a limpiarse las manos.

—Ya lo creo —se burló Roxley, volviendo a guiñarle un ojo a Harriet—. Ha sido así desde hace siglos. No pueden encontrar a un hombre con quien casarse. Ninguno puede vivir para contarlo. Todavía siguen contando la historia del pobre John Stakes, y lleva muerto más de dos siglos. Le pusieron su nombre a la maldita posada después de que su novia de Kempton...

Tabitha ya no pudo soportarlo más.

—¡Milord! Nadie cree en esos antiguos mitos.

Daphne dio un paso hacia delante y añadió:

—¡Por supuesto que no! Hace cuatro años, la señorita Woolnoth se casó con el señor Amison, y eran tal para cual.

Harriet abrió mucho los ojos y pareció a punto de revelar la verdad.

Que el señor Amison había bebido muchísimo y sólo se había casado con la señorita Woolnoth porque buscaba la manera más barata de comprar el mejor carnero del padre de ella. Había conseguido al animal, sí, y también una esposa que lo fastidiaba continuamente.

Y lo que era peor, el corto matrimonio de los Amison sólo parecía fortalecer los últimos retazos de la maldición, según la cual cualquier matrimonio con una chica de Kempton sólo podía terminar en tragedia. Al señor Amison lo habían encontrado flotando en el estanque del molino después de una noche particularmente alegre en la taberna y del regreso al hogar, no tal feliz.

Eso no quería decir que la señora Amison hubiera tenido algo que ver con ese desafortunado accidente, pero estaban en Kempton, después de todo.

—Por supuesto, milord. Y es cierto, no estamos malditas —se apresuró a decir Tabitha. Levantó la barbilla, orgullosa, y añadió—: Lo que ocurre es que elegimos no casarnos.

Por supuesto, la falta general de posibles parejas en Kempton, de la dote para tentar a alguna o de las oportunidades para conseguir la atención de un hombre también contaban.

Los caballeros se quedaron un momento en silencio y después lord Roxley lanzó una carcajada de lo más chillona, pero fue la reacción del señor Preston lo que hizo que Tabitha rechinara los dientes.

El hombre dejó escapar una exclamación de burla. Como si no hubiera oído nunca algo más tonto.

—¡Damas que eligen no casarse! —Lord Roxley volvió a reírse—. Ah, si las mujeres de Londres adoptaran esa forma de pensar tan avanzada, ¿eh, Preston? Podrías asistir a bailes y veladas sin causar revuelo.

El señor Preston volvió a resoplar, lo que crispó todavía más a Tabitha. Y dado lo que el conde acababa de revelar, que el señor Preston era una fuente constante de escándalos en Londres, ya sabía qué

criatura era: el tipo de hombre que rechazaba el matrimonio pero que se dedicaba a echar a perder la virtud de las damas jóvenes e inocentes, privándolas de cualquier oportunidad de felicidad; un animal de la clase más baja.

— Señor Preston...

Roxley dejó escapar una risotada.

— Señorita Timmons, debería saber...

— No, no, Roxley, deja que la chica hable —le dijo Preston, y cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Sí, señorita Simmons?

Tabitha respiró hondo para tranquilizarse.

— Señor, le hago saber que no pretendo buscar marido y que estoy satisfecha con mi feliz situación. — Ya estaba, lo había conseguido decir; había pasado mucho tiempo desde que había dicho lo que pensaba y, animada por el primer éxito, siguió hablando, ya sin pudor—: El único beneficio que el matrimonio le ofrece a una dama es someterla a los caprichos variables y exigencias egoístas del hombre.

A su tío le habría dado un ataque si hubiera escuchado esa afirmación tan descarada.

Para su asombro, el odioso Preston pareció más divertido que puesto en su lugar, porque le sonrió y se acercó sigilosamente a ella como un león, el rey de la selva que había descubierto una presa fácil al alcance de la mano.

— ¿De verdad?

Volvió a recorrerla con la mirada y, cuando terminó la rápida valoración, enarcó una ceja oscura formando un amplio arco, como si estuviera dispuesto a atacar.

Ella clavó bien los talones en el suelo y tragó saliva.

— Sí.

Él asintió.

— ¿Ni usted ni sus compañeras tienen intención de casarse?

— No puedo hablar por la señorita Dale ni por la señorita Hathaway, pero para serle sincera, me considero bastante feliz.

Cualquier mujer que fuera lo suficientemente necia como para casarse con un hombre como ese señor Preston terminaría probablemente abandonada y con el corazón roto.

Y aun así... Por un momento, se preguntó cómo podría una mujer negarse a él, porque incluso su firme determinación de despedirlo con una elaborada reprimenda empezó a vacilar cuando se acercó a ella... hasta quedarse, con el pecho desnudo, a sólo un palmo de distancia de su mirada asombrada.

Tan cerca que Tabitha podía ver los hilos de sudor corriendo por la extensión musculada que tenía ante ella, tan cerca que casi podía sentir el pulso del señor Preston. Oía a su trabajo, al carbón de la forja y a algo más, algo tan masculino que comenzó a luchar con los mejores sentimientos de Tabitha y la despojó del sentido común.

La dejó deseando inhalar profundamente, alargar la mano y tocarlo, aunque sólo fuera porque, de repente, sintió que se movía el suelo bajo sus pies.

Entonces, para su horror, él se inclinó hacia delante y le susurró al oído:

—Si me permite el descaro, señorita Timmons, ¿qué sabe usted exactamente de los caprichos de los hombres o, si vamos al caso, del deseo que siente una dama?

La implicación de sus palabras la golpeó con la misma fuerza que si la hubiera pegado a ella. Tabitha dio un paso atrás, quedando fuera de su alcance, con las mejillas ardiendo.

—¡Ooohh! ¿Cómo se atreve?

El desgraciado se rió y le dio la espalda para volver a su tarea, despachándola de la misma manera que había hecho antes. Cuando estaba a medio camino de la forja, se detuvo y miró por encima del hombro.

—Señorita Timmons, si se hubiera atrevido alguna vez, no habría hecho esa afirmación tan ridícula.

Ella tomó aire bruscamente y se llevó una mano al estómago, que parecía haberse llenado de mariposas. Recurriendo a la poca compostura que le quedaba, le replicó airadamente:

—No hay nada malo en que una mujer sepa lo que quiere y decida que no desee que la domine un hombre ni su arrogancia.

—Habla usted muy alegremente, ¿no le parece, señorita Timmons? —El señor Preston apenas miró hacia atrás mientras lanzaba

esa pregunta por encima del hombro. Pero después se detuvo y se dio la vuelta—. ¿Y todas las jóvenes de esta aldea comparten esa característica?

Una a cada lado de Tabitha, Daphne y Harriet asintieron con la cabeza, en solidaridad fraternal.

Lord Roxley empezó a reírse entre dientes, pero cuando se vio frente a tres señoritas encolerizadas y, sabiendo que ese trío furioso le contaría con toda probabilidad ese encuentro a su tía abuela, tosió y se apartó, dejando que su amigo se enfrentara él solo a su ira.

Preston cogió el fuelle y las miró.

—Entonces, yo diría que no son las mujeres de esta aldea las que están malditas, sino todos los hombres en ochenta kilómetros a la redonda.